

*Papa Francisco:
Vivir y pensar en la unidad de los opuestos
(1936 – 2025)*

I

Francisco fue un gran pontífice. Ciertamente, no fue el único. Todos los últimos papas, desde Juan XXIII hasta Benedicto XVI, pasando por Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, fueron geniales. Todos tenían claro cómo, después del Concilio Vaticano II, la Iglesia debería reanudar la perspectiva de los primeros siglos, la de una comunidad peregrina en el mundo, basada en un testimonio de fe y gracia.

Bergoglio, como provincial de los jesuitas argentinos, y luego como obispo y cardenal de Buenos Aires, era el hijo de esa perspectiva. Entre los Papas, prefería al “gran” Pablo VI, el Papa del Concilio, que había asumido la carga de transportar a la Iglesia, inmersa en el mundo ahora secularizado, lejos de la nostalgia de un cristianismo perdido. Lo que no significa, como han pensado los tradicionalistas que tanto lo han angustiado, que Francisco haya sido un papa modernista. Era moderno, libre frente a usos y costumbres que reflejaban el espíritu de los tiempos; y, al mismo tiempo, profundamente arraigado en la tradición, la de la fe simple y genuina del “pueblo fiel” de las naciones latinoamericanas. San José y Santa Teresa del Niño Jesús fueron el objeto de sus oraciones.

Francisco, como Juan Pablo II, heredó una Iglesia fragmentada, la misma que llevó al Papa Benedicto a renunciar. Cuando fue elegido para la cátedra de san Pedro, el 13 de marzo de 2013, la Iglesia estaba plagada por el escándalo de la pedofilia, una culpa grave por la cual estaba en riesgo de ser llevada ante la Corte Internacional de la ONU. En Estados Unidos, muchas diócesis entraron en crisis debido a las compensaciones que debieron hacer a las víctimas. No obstante

la valentía de Benedicto, quien quitó el velo de la “*omertà*” (silencio) y confesó abiertamente las culpas de los sacerdotes y de los religiosos, la ola de indignación pareció invadirlo todo. Con Francisco renació la confianza; su testimonio, fuerte y severo, nos permitió dar vuelta a la página, un cambio importante que los críticos del Papa tienden a olvidar fácilmente. Sus pensamientos fueron claros desde el principio.

Abordó personalmente estas cuestiones en la Carta Apostólica *Evangelii Gaudium*, de 2013, manifiesto de su pontificado. La clave fue la afirmación, tomada de *Deus caritas est* de Benedicto XVI, según la cual, “ser cristiano no es el fruto de una elección ética o de una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da a la vida un horizonte nuevo y una orientación decisiva” (EG, 7; cf. DCE, 1). La Iglesia, para salir del clericalismo que siguió a su cierre en la fase postcomunista después de 1989, tuvo que redescubrir la prioridad del anuncio cristiano sobre la doctrina moral, salir de los muros en los que se había atrincherado para defenderse de la secularización propia de la occidentalización, curar las heridas del alma y del cuerpo, sin pretender decidir, a priori, los caminos de la gracia. En el mundo de los hombres solitarios, de la competencia económica descontrolada basada sólo en la lógica del beneficio, la Iglesia, sin reducirse a una organización sin fines de lucro, debe ser un “hospital de campaña”, el lugar de una fraternidad renovada. Esto la llevará a ser objeto de las flechas del neocapitalismo *liberal*, corriente que en Estados Unidos encontró una tierra fértil en los neoconservadores de origen católico.

La de Bergoglio, sin embargo, no era una utopía; fue una profecía. La globalización unió los mercados, pero dividió a los hombres y a los pueblos. Constituyó la premisa de un mundo profundamente conflictivo. Como los profetas que gritan solos en el desierto, Francisco ya vislumbraba al inicio de su pontificado lo que hace diez años no era evidente: la tercera guerra mundial en etapas (cf. FT, 25). Una profecía que, tras la invasión de Ucrania por Rusia y la guerra entre Israel y Gaza, parece acercarse peligrosamente.

Frente a este panorama, el hilo conductor que recorrió todo el pontificado de Francisco fue el grito intenso e ininterrumpido por

la paz. Un grito que el Papa que venga después de él no podrá pasar por alto. Hombre de paz, el Papa fue un apasionado defensor del diálogo entre las religiones, en particular con el Islam. Cuando el terrorismo islámico golpeaba Europa, después del 11 de septiembre de 2001 y la guerra contra Irak, devastando Oriente Medio con Al Qaeda primero y luego con ISIS, Francisco buscó insistentemente una relación con el Islam moderado en nombre del Dios de la misericordia contra el dios de la violencia. Por esta razón fue violentamente criticado por los occidentalistas que estaban estancados en el marco maniqueo del choque entre las fuerzas del bien y las del mal. Por el contrario, fue de este compromiso de Francisco que surgió el importante documento de Abu Dhabi, *Fraternidad Humana. Por la paz mundial y la convivencia común*, firmado el 4 de febrero de 2019. Texto que constituyó la premisa de la encíclica *Fratelli tutti*, publicada el 3 de octubre de 2020, la “Pacem in terris” del Papa Bergoglio, texto del que emergió con mayor claridad su idea “poliédrica” del mundo, su multilateralismo, su visión de la unidad como síntesis de opuestos. Una visión, según la cual, la paz surge de la reconciliación entre contrastes, del alivio de las contradicciones.

Por la paz, el Pontífice ha hecho todo lo posible, emprendiendo viajes a las zonas más peligrosas del mundo, a menudo con el único objetivo de consolar a las comunidades cristianas ahí presentes. A esta categoría pertenecen los viajes a Kenia, Uganda, África Central, en noviembre de 2015, y el de Irak, en marzo de 2021, con paradas en Bagdad, Najaf, Nassirya, Erbil, Mosul, Quaraqosh. En los últimos años, desde febrero de 2022, fue protagonista a la hora de instar a Washington y Bruselas a encontrar soluciones diplomáticas para el conflicto ruso-ucraniano. Un conflicto que corre el riesgo de precipitar al mundo hacia una tercera conflagración mundial. Asimismo, ha pedido reiteradamente que se depongan las armas en el sangriento enfrentamiento entre Israel y Hamás. En vano. Como una voz que clama en el desierto, su invitación cayó en oídos sordos entre los poderosos de la tierra.

II

Ahora que Francisco ya no está, todos reconocen su grandeza, la última gran figura moral en un tiempo árido y desprovisto de testigos reconocidos. La Iglesia que viene no podrá ignorar su lección, la de una fe fundada en la misericordia, a la que está dedicado el Jubileo del 2015, en la atención a los descartados, a lo que es débil, indefenso, frágil. Nunca olvidará la figura de un Papa que se concebía como un cristiano “normal”, como un pobre pecador elegido por la gracia. Papa de los “lejanos”, que desagradaba a muchos “cercaños”, supo acercarse a los agnósticos y no creyentes a la Iglesia. En su abrazo y su ternura, el Cristo de los Evangelios vuelve al encuentro de los corazones desilusionados de nuestro tiempo.

Así nos dejó el lunes de Pascua Francisco, el verdadero padre del pueblo. Acompañó a su Iglesia hasta el final, como Juan Pablo II, hasta el último aliento con el rostro contraído por el dolor. Quería saludar a su pueblo, el pueblo cristiano, en la Plaza de San Pedro, bendecirlo una última vez desde la logia de la basílica, hacer leer su último discurso en contra de la guerra.

Previamente, el Jueves Santo, había visitado la cárcel *Regina Coeli*. No pudo lavar los pies de los prisioneros, como solía hacerlo. Permaneció en su silla de ruedas, lanzando besos a la gente que lo observaba detrás de los barrotes de la sección de seguridad. Pudo haberse ahorrado el sufrimiento y, después de regresar del hospital Gemelli, haber esperado pacientemente su recuperación en su residencia. No quiso. Quizás presentía que su hora estaba llegando y que debía llevar a cabo su tarea hasta el fondo. El Pastor quiso consolar a su rebaño hasta el final, antes de que sus fuerzas lo abandonaran. Con la Pascua, el tiempo llega a su fin y sólo podemos darle las gracias por todo lo que ha dado a su Iglesia.

III

En lo personal, quisiera agradecerle recordando lo cercano que estuvo conmigo cuando escribí el primer libro sobre él: *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intellettuale*, publicado por Jaca Book en 2017.¹ Más adelante, salieron dos más: *Francesco. La Chiesa tra ideologia teocon e “ospedale da campo”* (Jaca Book, 2021)² y *Il dissidio cattolico. La reazione a Papa Francesco* (Jaca Book, 2022).³

Cuando comencé a trabajar en el primer libro, tenía clara una cosa: el Papa tenía un pensamiento original y profundo, que se expresaba en sus discursos y documentos, pero sin que esto fuese visible y manifiesto. Era una especie de corriente subterránea, que sólo ocasionalmente emergía a la superficie. Esta persuasión fue alimentada por dos lecturas.

La primera fue sugerida por la mejor biografía del Pontífice que hay en circulación: *The Great Reformer. Francis and the Making of a radical Pope* (New York, 2014), de Austen Ivereigh.⁴ Ivereigh tuvo el mérito de analizar autores e ideas que acompañaron la formación y la vida de Bergoglio. Él fue el único que se centró en estos aspectos. Otras biografías, por muy exactas que fueran, asumían que el futuro Papa, el pastor de habla sencilla, era de alguna manera reacio a la reflexión intelectual. Sin darse cuenta, legitimaban la imagen, difundida entre los críticos del Papa Francisco, de un Papa carente de la formación cultural, teológica y filosófica indispensable para el oficio petrino. La investigación de Ivereigh, que documentó un panorama complejo de relaciones e influencias ideales, refutó esta imagen.

La segunda lectura que me llevó a la idea de un pensamiento “Bergoglio” fue la de los escritos del autor como joven Provincial de los jesuitas argentinos, en la segunda mitad de la década de 1970.

1 Traducción castellana: *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intelectual*, Encuentro, Madrid, 2018.

2 Traducción castellana: *El desafío Francisco. Del neoconservadurismo al “hospital de campaña”*, Encuentro, Madrid, 2022.

3 Sin traducción castellana, todavía.

4 Traducción castellana: *El gran reformador. Francisco, retrato de un papa radical*, Ediciones B, Barcelona, 2015.

De las conferencias e informes de la época surgió el esfuerzo del joven jesuita por conducir a la Compañía más allá de la oposición violenta y despiadada que dividía a la Argentina entre la junta militar y las guerrillas revolucionarias. Los jesuitas no debían dividirse en facciones opuestas, sino luchar por la unidad del pueblo dividido. La Iglesia, en la visión de Bergoglio, era la *complexio oppositorum* de aquellos contrastes que, en el plano natural, no podían reconciliarse, degenerando en contradicciones irreconciliables. El catolicismo, como sujeto de paz, se opuso al maniqueísmo y trabajó para que los polos opuestos encontrarán una conciliación superior sin ser por ello aniquilados. Fue una perspectiva original que me recordó la antropología polar de Romano Guardini, cuyo pensamiento dialéctico he estudiado por muchos años.

Yo sabía, por supuesto, que Bergoglio había ido a Frankfurt, Alemania, en 1986 para realizar una tesis doctoral sobre la filosofía de Guardini. El nombre de Guardini, sin embargo, no está presente en sus escritos de los años 70, ni siquiera en los de la primera mitad de los años 80. ¿De dónde, entonces, sacó Bergoglio la idea de un pensamiento “polar”, en el que la síntesis de las oposiciones fuera confiada al Misterio que actúa en la historia? Cuando comencé a escribir el volumen, a principios de octubre de 2016, no pude responder esta pregunta. Sólo me quedaba más que hacerle la pregunta al Papa a través de un amigo en común. Así que le envié a Francisco una serie de preguntas abiertas, junto con el proyecto del libro sobre él. Sorprendentemente, dada la desconfianza de Bergoglio hacia las reflexiones intelectuales que caían en lo abstracto, el Papa respondió plenamente. En cuatro ocasiones, entre enero y marzo de 2017, respondió, a través de grabaciones de audio, a las preguntas que le envié. Gracias a ello se ha abierto un mundo, el laboratorio de ideas de Bergoglio, que sería difícil imaginar de otra manera.

El eslabón faltante, el punto de conexión entre la concepción del pensamiento polar de los años 70 y la señalada por Romano Guardini, después de 1986, encontró un nombre: Gaston Fessard (1897-1978). Este gran jesuita francés, amigo de Henri de Lubac —otro autor de referencia para Bergoglio— desarrolló, en estrecha comparación con Hegel, una concepción católica de la dialéctica según

la cual Cristo es la unidad de esclavos y libres, hombres y mujeres, judíos y paganos. *Fessard es el autor que se encuentra al inicio del pensamiento de Bergoglio*. Fue su profesor de filosofía en el Colegio Máximo, Miguel Ángel Fiorito, quien se lo dio a conocer y lo introdujo a su pensamiento. Como afirma Francisco en una de sus entrevistas que aparecen en mi libro: “Pero el escritor... que tuvo una gran influencia en mí fue Gaston Fessard. Leí varias veces *La dialectique des “Exercices spirituels” de Saint Ignace de Loyola* y otras obras suyas. Allí me proporcionó muchos elementos que luego se combinaron”.

Esta es una confesión de gran importancia. El Papa ofreció la clave para entender la génesis de su pensamiento y, al mismo tiempo, el hilo conductor que lo mantenía unido. En *La dialectique des “Exercices spirituels” de Saint Ignace de Loyola*, publicada por Aubier en 1956, Fessard analizó la espiritualidad de San Ignacio a partir de la tensión entre gracia y libertad, entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, entre contemplación y acción. El joven Bergoglio quedará muy impresionado por esta interpretación dinámica de los *Ejercicios*. Así lo confirma un artículo de Karl-Heinz Crumbach, “Ein ignatianisches Wort als Frage an unseren Glauben”, de 1969.⁵ La “Teología del «como si»”, de Crumbach, se inspiró en Fessard al esbozar el encuentro místico entre Dios y el hombre —una especie de “paradoja” según de Lubac— cuyo resultado, para Bergoglio, fue una concepción de la fe viva, entendida como una pregunta continua a la Presencia de la gracia y como un pensamiento “tensional”, nunca concluido y satisfecho.

Fue a partir de Fessard que Bergoglio encontró, en 1986, la filosofía de la polaridad de Romano Guardini. Guardini vino a confirmar una perspectiva ya consolidada. También contribuyó a profundizar y ampliar el marco conceptual bergogliano. A partir de su tesis doctoral, nunca terminada, Guardini se convirtió en su segundo maestro, aquel que le proporcionó las categorías para abordar la eclesiología, la sociedad, la política. Moviéndose entre Fessard y Guardini,

5 Puede consultarse el texto de Crumbach en el siguiente enlace: <https://geist-und-leben.de/archiv-gul/systematisches-archiv/gul-42-1969/heft-5-september-oktober-53/2786-abhandlungen-karl-heinz-crumbach-ein-ignatianisches-wort-als-frage-an-unseren-glauben-321%E2%88%92328/file>.

Bergoglio se situó dentro de una corriente del pensamiento católico entre los siglos XIX y XX: la que se inicia con la Escuela de Tubinga, de Adam Möhler, que luego continúa con Guardini, Przywara, de Lubac, Fessard. Esta es la tendencia actual que ve a la Iglesia como *coincidentia oppositorum*, como una tensión de opuestos en la unidad. Es la misma concepción que encontramos en quien tal vez pueda ser señalado como el tercer maestro de Bergoglio, el pensador uruguayo Alberto Methol Ferré (1929-2009), también profundamente influenciado por la dialéctica de Fessard. “Methol Ferré puede ser considerado, probablemente, el intelectual católico latinoamericano más importante y original de finales del siglo XX” (A. Ivereigh). Bergoglio conoció a Methol en 1979, con ocasión de la gran conferencia eclesial de Puebla. Esto dio lugar a una colaboración y a una estima que estaban destinadas a intensificarse en los años 90. Methol Ferré, con sus revistas *Vispera* y *Nexo*, en torno a las cuales se reúne lo mejor de la intelectualidad católica latinoamericana, se convirtió en el “filósofo” de Bergoglio, el visionario que diseñó la geopolítica eclesial, el soñador de la “Patria Grande” de América Latina. La sensibilidad política y eclesial del futuro Papa debe mucho al pensador uruguayo.

Entre los inspiradores del pensamiento de Bergoglio merece la pena considerar otra figura. Se trata de una mujer, una filósofa argentina: Amelia Podetti (1928-1979). Después de estudiar en París, bajo la guía de Jean Wahl, Paul Ricoeur, Ferdinand Alquié y Henri Gouhier, Podetti regresó a su tierra natal con el objetivo, frente a la hegemonía del cientificismo positivista y del marxismo, de dar vida a un pensamiento social enraizado en la tradición cultural del país en una comparación de alto nivel con la filosofía europea continental. Podetti, estudiosa de Hegel, influyó sobre Bergoglio en un tema clave, el de las “periferias”. De ella aprendió el futuro Papa la idea de que la visión del mundo cambia si lo miramos desde fuera, desde los bordes, desde los puntos frágiles y dolorosos del mundo. Quienes están en el “centro”, en el corazón de la metrópoli, no comprenden el drama de la historia, las fallas, los puntos de ruptura, los terremotos que llegan. Toda la visión social y evangélica de Bergoglio presupone la mirada de la “periferia”, el punto de vista de los descartados, de los excluidos.

Fessard, Guardini, Methol Ferré, Podetti están entre los maestros de la “biografía intelectual” de Bergoglio. Maestros europeos y maestros argentinos, una mezcla que desmintió la tesis, difundida entre los críticos del Papa, según la cual su educación se limitó a los parámetros culturales de América del Sur, ajena al pensamiento europeo y occidental. A estos cuatro maestros hay que añadir un quinto: Hans Urs von Balthasar. Bergoglio lo encuentra idealmente en los años 80, cuando trata de la inculturación del mensaje cristiano, de la relación “polar” entre unidad y diferencia. Lo reencuentra luego a finales de los años 90 cuando la gran estética teológica de Balthasar⁶ ofrece las categorías para presentar el encuentro cristiano, la figura del testigo, dentro del mundo secularizado. La doctrina del Ser, a una con los trascendentales (bello-bien-verdad), se convierte en el presupuesto de la ontología cristológica y misionera de Bergoglio. El centro gira, ahora, sobre la relación polar entre Misericordia y Verdad como modo de ser del cristiano en el mundo contemporáneo. A través de la estética de Balthasar, cuyo ensayo sobre Ireneo le impactó profundamente,⁷ Bergoglio tuvo las categorías para criticar la gnosis y la desencarnación de la fe. Es el impulso hacia el realismo, recordado por el tercero de sus cuatro principios que encontramos en la Encíclica *Evangelii gaudium*: “La realidad es superior a la idea” (EG, 231-233). Gracias a ello, el pensamiento polifacético de Bergoglio se ordena en su tensión más propia: la dominada por el polo de la “dialéctica del espíritu” de Fessard, derivada de Blondel, y por el polo del “esplendor de la forma”, derivado de la estética de von Balthasar. El resultado es un pensamiento profundamente “católico” que, lejos de todo irenismo conciliador, lucha, en el drama de la historia, por iniciar procesos de unidad, cuya síntesis está confiada al tiempo guiado por Dios.

Massimo Borghesi
Universidad de Perugia

6 Cf. *Gloria. Una estética teológica*, 7 volúmenes, Encuentro, Madrid, 1985-1988.

7 Cf. *Gloria. Una estética teológica*, tomo 2: Estilos eclesíasticos (Ireneo, Agustín, Dionisio, Anselmo, Buenaventura), Encuentro, Madrid, 1986, pp. 31-93.